CAPÍTULO XVI.

MARIANA HECHA EL BLANCO DE LA CONTRADICCIÓN.

SUMARIO. ¿Por qué los santos son objeto de contradicción? — Contradicciones que las austeridades atrajeron á Mariana, de parte de los suyos. — Las que le ocasionó su comunión diaria, de parte de sacerdotes.

LA Beata Mariana, precisamente porque aspiraba á muy elevada santidad, hubo, según el consejo del Sabio, de preparar su alma para la tentación[1]. Muy pronto la contradicción, en diversas formas, asestó contra ella sus tiros, así como los asesta, al decir de San Pablo, contra todos aquellos que quieren vivir pía y virtuosamente, según Jesucristo[2].

Nuestra santa halla la contradicción en su propia casa, entre los suyos. Á quien me objetare que esto es inverosímil, imposible, supuesto que ella era mirada por los suyos como un ángel y querida más que una hija, le contestaré que ese mismo amor fué el que le movió pleito y suministró contra ella los mejores argumentos. Bien puede el mundo, cuanto se le antoje, examinar y censurar nuestras acciones, aún, y sobre todo, las virtuosas, no lo extrañamos; antes bien, esas críticas son á nuestros ojos una recomendación, una alabanza, nuestro timbre de gloria. En cambio, que nuestros allegados, á quienes queremos y que nos quieren entrañablemente, estig-

[1] Ecli. II, 1. [2] 2 Tim. III, 12.

maticen nuestras obras de piedad, sin tener otro motivo que el mucho amor que nos profesan, lo sentimos en el alma, como una espada de dos filos. Ésta fué la suerte de Mariana.

Qué cambio se había obrado en ella en poco tiempo, no es para creído. Antes robusta, rosada y en extremo hermosa, tiene ahora, para servirnos de las expresiones de su historiador, pálido el labio, demacradas las mejillas, apagada la mirada; con decir que era un cadáver ambulante, todo está dicho. ¿De dónde ha provenido esa languidez, esa consunción precursora de una cercana muerte? De sus tan exageradas mortificaciones, decían y repetían todos sus allegados. De aquí se originó aquella guerra amorosa, aquellos asaltos frecuentes que le daban, aquellas palabras, ora severas, ora suplicantes, ora llenas de amenazas, con que la reconvenían.

Sus argumentos contra ella se reducían, más ó menos, á los siguientes: Según ellos, una cosa es macerarse y otra quitarse la vida; no somos dueños absolutos de nuestra existencia, puesto que la hemos recibido del Creador, sino tan sólo administradores responsables; no es más lícito causarnos la muerte que inferirla á nuestro prójimo; la mortificación, al tenor de las demás virtudes, debe alejarse con igual cuidado de los extremos opuestos y estarse en el justo medio; Mariana no debía verter, tan sin razón, aquella sangre, heredada de sus antepasados y que les era común á todos ellos; agrada más á Dios una penitencia moderada y constante que un fervor excesivo y pasajero.

Los parientes de Mariana discurrían muy bien con arreglo á los principios generales; mas erraban en su aplicación al caso presente. Olvidaban que la santa obedecía á inspiraciones particulares de Dios, que la llamaba á ese martirio de nueva especie. Por lo demás, la heroica virgen procedía en todo de acuerdo con su confesor, el prudente y santo Padre Camacho; por consiguiente no llevaba mal camino; mas en esto era en lo que menos pensaban.

Esas acometidas, una tras otra, y tanto más violentas cuanto eran inspiradas por el más sincero cariño, mortificaban cruelmente á la ferviente solitaria. ¿Cuánto tiempo duraron esas pruebas y contradicciones domésticas? No lo sabemos de fijo; sin embargo, parece que se prolongaron por bastante tiempo, ya que fué necesario un milagro para poner fin á ellas, como lo diremos más adelante.

La seráfica virgen fué hecha el blanco de la contradicción, no sólo en su casa, sino también, parece apenas creíble, en la iglesia, en la sagrada Mesa.

El Padre Camacho, por pedírselo ella con vivas instancias, le había permitido comulgar, por lo pronto, todos los domingos y fiestas de guardar; luego varias veces en la semana; y por fin todos los días.

No se crea que el confesor haya procedido inconsideradamente en un asunto de tanta trascendencia; por el contrario, discreto como el que más, había tenido en cuenta las disposiciones habituales y cada vez mejores de su dirigida, para dejarla comulgar diariamente, así como también los frutos siempre

más abundantes que de la comunión sacaba. Y, si hay almas tan adelantadas en oración y mortificación, que merezcan tomar parte todas las mañanas en el banquete sagrado, Mariana era una de ellas. Prueba de esto son las declaraciones de sus confesores. Testifican todos á una que la santa conservó tan perfectamente la inocencia bautismal, que nunca jamás, en toda su vida, cometió un solo pecado venial, plenamente deliberado [1]. Algunos añaden que por una protección especialísima de lo alto estuvo exenta aun de aquellos primeros movimientos desarreglados que nos previenen y que de suyo no son pecados. Por lo que hace á la pureza en particular, la conservó, escribe el Padre Camacho, «sin un mínimo pensamiento que la pudiese mancillar, ni átomo de imaginación que de mil leguas la pudiese deslustrar». Había, por lo visto, alcanzado aquel elevado grado de perfección que, á juicio de San Próspero, es compatible aquí abajo con la humana fragilidad. Si, pues, era, como le constaba á

[1] Esta aserción no es contraria en modo alguno á la doctrina católica. Para evitar constantemente todos los pecados veniales, aun los de mera fragilidad, requiérese una gracia del todo especial; la que fué concedida únicamente á la Virgen María. Empero, por lo que hace á los pecados veniales *deliberados*, ó plenamente voluntarios, bien podemos evitarlos todos con la ayuda de Dios, escribe San Alfonso, como realmente los evitan las almas santas que viven siempre con la firme resolución de padecer antes la muerte que caer en ellos, con plena advertencia («La Monja Santa», cap. de la tibieza).

su director, un ángel en la tierra, ¿había inconveniente para que comiera de continuo el Pan de los ángeles?

Mas no todos conocían íntimamente á nuestra Beata; de ahí que tacharan de abuso su comunión diaria, atendidas las ideas que entonces estaban en boga respecto á esta materia. Daba mucho peso á estas críticas el ser formuladas, en nombre de la piedad y ciencia cristiana, no por sujetos cualesquiera, sino principalmente por dos religiosos de nombrada virtud y competencia en la materia. Del tenor siguiente eran los argumentos que presentaban para combatir el supuesto abuso: La comunión es el alimento de los grandes, y no de los pequeños, cual es Mariana. Es preferible alejarse de la sagrada Mesa por respeto, que acercarse á ella con demasiada familiaridad. Por lo demás, la recepción de la Eucaristía, si es muy frecuente, engendra la rutina, y ésta el desprecio. Y, luego, ¿quién sabe si la ambición secreta de igualarse con las personas mayores no es el único estímulo de Mariana para obtener la comunión diaria?

Este requisitorio iba dirigido más contra el confesor que contra la confesada; pues, vencido el primero, tendría la segunda que someterse á lo normal y usual. Así las cosas, el Padre Camacho hizo lo que había hecho en otras ocasiones semejantes y lo que hacen todos los varones de Dios: reflexionó, consultó libros adecuados, y sobre todo, hizo oración. Una vez más se convenció de que, atentas las circunstancias, su hija espiritual podía y debía continuar comulgando todas las mañanas. Arreció la oposición, y el discreto juez fué motejado de imprudente y, quizás, de obstinado. El virtuoso hijo de San Ignacio era de índole suave y acomodadiza; así que, sin sacrificar un solo punto de sus principios, ni cambiar su manera de ver, en lo tocante á Mariana, empezaba ya, no á inclinarse ante sus contendedores, sino á no pelear con ellos; prudente hasta el exceso, para acallarlos estaba á punto de reducirle á la *Azucena* el número de comuniones. Si no lo hizo, si recobró toda su firmeza, fué por las exhortaciones de su misma dirigida, á quien se perseguía en la persona de su padre espiritual. Apelóse por último, á una feliz transacción; y opositores y confesor salieron de la contienda con los honores del combate. Mariana seguirá comulgando cada mañana; empero, á fin de no llamar sobre sí la atención del público, no lo hará en las misas de mayor concurso, sino en la de las siete, de ordinario poco concurrida.

Esta prueba duró mientras el Padre Camacho formó parte de la comunidad de Quito. Según el Padre Butrón, sus contradictores, al sucederle en la dirección de la santa, hicieron justicia al confesor y á la confesada. Descubrieron con no menor satisfacción que sorpresa, que Mariana, si bien pequeña en edad, era grande en virtud; que un hambre insaciable del *Pan de vida* la arrastraba cada mañana á la sagrada Mesa y que el medro de su alma guardaba proporción con la frecuencia de sus comuniones.

Aun cuando terminara felizmente el conflicto, la angelical virgen debió de sufrir mucho, muchísimo, en este lance, seguramente más que por cualquiera otro contratiempo. Cercenarle las comuniones era

detener cautivo el ciervo abrasado de sed, á vista de una fuente cristalina; era privar al enfermo que se moría de hambre, del único alimento que le puede conservar las fuerzas, la vida.

¡Cristiano lector! no es imposible, en estos tiempos de impiedad, que, por guardar los ayunos eclesiásticos y frecuentar los sacramentos, tú también seas el blanco de la burla, del insulto y de la sátira. No te acobardes entonces, y ten presentes estas palabras de tu Maestro: «Á quien me confesare delante de los hombres, yo le confesaré delante de mi Padre; á quien me negare delante de los hombres, yo le negaré delante de mi Padre.» [1]

CAPÍTULO XVII.

MARIANA DE JESÚS ASALTADA POR EL DEMONIO.

SUMARIO. Puntos de semejanza entre Mariana y Jesucristo tentado. — El por qué de esos asaltos del demonio. — Danza de cáscaras de huevos con una navaja. — Perro que ladra, amarrado al pie de la cama. — Mordisco. — Lengua medio arrancada y milagrosamente repuesta en su lugar. — Esqueleto sentado en una silla. — Apariciones repugnantes y seductoras. — La obra maestra de Satanás.

SATANÁS el renegado, el maldito, que había tenido la osadía de tentar á Cristo en el desierto, desahogará su rabia, esgrimirá sus débiles armas, contra la *Azucena,* solitaria en su casa, como en un yermo.

[1] Mat. x, 32.

Hemos referido más arriba los medios de que se valió para hacerla perecer cuando era aún niña. Si dejó entonces de perseguirla visiblemente, fué para volver á acometerla en tiempo, según él, más oportuno; de la misma manera que, habiendo acabado de tentar al Salvador, se retiró de Él — apunta San Lucas — para otro tiempo, esto es, para el de su pasión [1].

En esta virgen privilegiada, lo hemos dicho en el capítulo precedente, no hubo nunca imaginación desarreglada ni sombra de deseo desordenado. Es más aún, ni siquiera sintió esos primeros movimientos de la concupiscencia, que no llegan á ser pecados más que por el consentimiento que les damos. De lo cual resulta que esa angelical criatura, á semejanza del Redentor, fué perturbada por el espíritu maligno, no en su interior, sino de una manera puramente exterior. Las tentaciones del infierno no pasaron de ser meros asaltos, tiros disfrazados contra los muros de defensa, sin que penetraran en la plaza.

En gracia de los que extrañaren ver á esta humildísima virgen luchar á brazo partido con el *príncipe de las tinieblas,* transcribiremos aquí un párrafo del Catecismo Tridentino.

«Muchos hay que, por no sentir en sí en manera alguna los impulsos é ímpetus del demonio, piensan que todo esto es falso. Pero no es de extrañar que no les haga guerra el diablo, cuando ellos mismos de su voluntad se entregaron á él. ... Los que del todo se dedican á Dios, haciendo en la tierra

[1] Luc. IV, 13.

vida celestial, éstos señaladamente son el blanco de todos los tiros de Satanás; contra éstos son sus rabias y á éstos les arma asechanzas á cada momento.»[1]

Bien se comprenden los motivos que tiene para ensañarse contra los santos. Son éstos los amigos de aquel Dios justo, á par de misericordioso, que le castiga eternamente; los animosos soldados del Redentor; y por su virtud forman la vanguardia del ejército cristiano. Y siendo así, ¿que mucho que para Satanás, el jefe de los rebeldes, sean el blanco más buscado y el botín más codiciado?

Mariana de Jesús, ese ángel de la tierra, tuvo el honor de ser asaltada un sinnúmero de veces, y de distintas maneras, por el orgulloso y desvergonzado Satanás. Los hechos que referiremos á continuación están tomados, más ó menos literalmente, del Padre Butrón, salvo las reflexiones que les sirven como de relieve y adorno.

El Padre Manosalvas, jesuita como el Padre Camacho, y sucesor del mismo en la dirección de Mariana, visitaba á ésta cierto día en que se le habían agravado los ordinarios achaques. Como viera su extremada flaqueza, le mandó tomar tres yemas de huevos frescos. Obedeció luego y sin réplica la enferma, acostumbrada como estaba á ver en los preceptos de su confesor la voluntad de Dios. El Padre, mientras regresaba á su convento, se daba el parabién por haber logrado que la *Azucena* repa-

[1] Catecismo del Concilio Tridentino, 6ª petición del Padrenuestro.

rara sus fuerzas, siquiera con aquella ligera refección. Á Mariana empero le costó muy cara su obediencia, aun cuando fué sobre manera meritoria, pues á los pocos momentos sintió una lucha intestina de las más crueles y reñidas. La naturaleza pretendía arrojar de sí lo que había tomado con harta repugnancia; no se lo permitía la voluntad, sostenida por la gracia, y resuelta á no quebrantar la obediencia. Tres días duró aquel combate, siendo la principal víctima el estómago, que padecía cuanto podemos imaginar. Después de lo cual visítala de nuevo el Padre Manosalvas; naturalmente, le pregunta cómo le ha ido con los huevos: «mal, muy mal», le contesta en substancia la enferma; y al mismo tiempo le pide licencia para deshacerse de ellos, de cualquier manera que sea. Apenas obtiene el permiso, cuando el estómago devuelve, después de setenta horas, las yemas tan intactas y tan frescas como si acabase de tomarlas. Aquí es donde el demonio hace de las suyas, pero para llevarse, como se dice vulgarmente, un chasco bien merecido. La obediente Mariana, rotos los huevos con un cuchillejo, había tirado detrás de la cama las cáscaras. Ahora pues, al ser arrojadas las yemas, aparecen aquellas mismas cáscaras saltando, como si tuvieran espíritu, y acompañándolas en los acompasados movimientos el cuchillo. En esa danza no le es difícil á la sierva de Dios descubrir las maniobras de Satanás, quien pretende con esto inspirarle alguna vanagloria. Para repeler aquella tentación ridícula, la humilde virgen no tiene que hacer grandes esfuerzos: le basta una sonrisa des-

preciativa. Luego coge las cáscaras y las tira al patio por la ventana y pone el cuchillo sobre unos libros devotos que hay sobre la mesa. Así acaba el *baile del diablo*. Este hecho, referido por el Padre Manosalvas, testigo ocular, y por varias otras personas, consta en el Proceso con las solemnidades de estilo.

Semejante comedia, por cierto digna de su autor, ha sido representada por él mismo más de una vez. Estaba un día la *Azucena* meditando devotísimamente en la Pasión del Redentor, cuando he aquí una como tropa y procesión de cáscaras de huevos, que salen de debajo de su altarcito, y chocando unas con otras hacen un ruido no menos molesto que extraño. En otra ocasión, siempre durante la meditación, una gran navaja, salida no se sabe de dónde, giraba en el aire, en torno de Mariana, con gran peligro para ésta de ser herida.

En idéntica circunstancia, no ya durante la oración, sino mientras se preparaba á ella, la maldita navaja andaba amenazante por el cuarto, de una manera acompasada, como quien ejecuta una danza, con acompañamiento de un sonido como de muchas castañuelas. La *Azucena,* lejos de amilanarse en presencia del infernal farsante, lo trata con aquel desprecio é imperio que se usa con un enemigo vencido, pero que no quiere hacer acto de sumisión. Así es que en una ocasión desbarató aquellas tramoyas diabólicas, esto es, los bailes de cáscaras y navajas, con este humillante apóstrofe: «¿Por qué me tientas tanto, maligno? ¿qué fruto esperas? Te engañas si pretendes estorbar mi dulce reposo, porque

en la ayuda de mi Jesús tengo segura defensa. Soy criatura débil; pero el Señor de los ejércitos me ampara.» Dichas estas palabras, Mariana se entregó á la oración; mientras que Satanás huyó en precipitada fuga, vomitando contra ella mil insultos y maldiciones.

Si el demonio no puede tolerar las oraciones de la santa, tampoco puede tolerar las nuestras. Esto se comprende: Consiste la oración en acercarnos á Dios para recibir sus luces y pedir sus gracias; para protestarle nuestro dolor por lo que hemos pecado en lo pasado, nuestro amor en el presente y nuestra fidelidad para lo por venir. Es la oración un afectuoso coloquio con nuestro Padre celestial, coloquio que, incoado en este mundo, se eternizará en el otro. Siendo así, ¿qué mucho que el enemigo de todo bien se afane tanto por frustrar nuestras meditaciones, mayormente cuando versan sobre la Pasión del Salvador, en la cual quedó vencido para siempre?

Á veces tomaba el ángel caído la forma de cierto animalito sin pelo, comúnmente llamado perro chino, el cual rompía en ladridos y aullidos capaces de dejarla aturdida y ensordecida. Mas Mariana, según ella misma refirió á su sobrina Doña Juana y ésta declara en el Proceso, se armaba de valor, cogía al demonio, lo ataba al pie de la cama, donde, cual mansa oveja, quedaba quieto y callado, dándole así lugar á que saboreara las delicias de la contemplación. Preguntada si no le tenía miedo á aquel perro, contestó sonriéndose: «Y ¿por qué tener miedo, si no puede hacer más que molestarme ladrando?»

Empero Satanás hacía más que ladrar, pues repetidas veces vino á las manos con su casta y humildísima rival, como se puede ver por lo siguiente que refieren las Actas de la beatificación.

De vez en cuando Mariana, que solía pasar las noches en vela, haciendo compañía á Jesucristo [1], recibía de los ministros infernales una lluvia de golpes, hasta tal extremo que amanecía del todo acardenalada é incapaz de dar un paso. En uno de esos combates recibió en una pierna un mordisco tan cruel y grave, que le obligó á guardar cama por espacio de cuatro meses, quedando coja de aquel lado. En la seráfica virgen había un órgano que atizaba particularmente las iras del demonio: ese órgano era la lengua, sobre la cual, como sobre un ara consagrada, reposaba todas las mañanas Jesucristo sacramentado, «el pan de los escogidos y el vino que engendra vírgenes». Aparte de esto era aquella lengua santificada el órgano fiel con que su corazón alababa al Señor y daba avisos saludables al prójimo. Por eso es que el demonio procuraba arrancársela de raíz, y un día faltó poco para que consiguiera su intento; pues se la descuajó con tal fuerza, que la dejó fuera de la boca y pendiente como de un hilo. Pero al día siguiente, por virtud de la sagrada Comunión, que es medicina para todo, la lengua fué restituída á su debido lugar. Cierta noche notó Mariana, mientras estaba orando, que le apagaban las luces que tenía encendidas alrededor

[1] Mat. XXVI, 38.

del féretro, según acostumbraba, como lo diremos más abajo; lejos de atemorizarse, quitó de sobre el féretro el esqueleto artificial que allí había, y poniéndolo en el suelo, se acostó en su lugar. Cuando al amanecer abrió la ventana, ya que se disponía á ir á la iglesia, reparó que el esqueleto no estaba en el suelo, sino sentado en una silla con los brazos cruzados sobre el pecho; su aspecto era tal, que hubiera infundido miedo á los más esforzados. Al ver de improviso aquel espectro, Mariana se impresionó y casi se asustó; mas acto continuo cobró ánimo, pues conoció que el autor de aquella farsa no era otro que el demonio, y éste no merece otra cosa que nuestro desprecio. Serena como siempre, la *Azucena* roció el esqueleto con agua bendita, y lo colocó nuevamente en el ataúd, con su acostumbrada fórmula: «Dios te perdone, Mariana.»

«Satanás», según un célebre médico, en quien la fe y la ciencia van á la par, «observa estrategias peores aún para perder á los santos: no le basta intimidarlos con fantasmas horribles, ni maltratarlos á golpes; empéñase además en vencerlos con las armas de la seducción, esto es, con apariciones lúbricas y provocativas. Estas desvergüenzas de parte del demonio no deben sorprendernos. Él es y se llama el espíritu de impureza y fornicación: tal es el nombre que á sí mismo se dió, hablando un día con San Antonio Abad: '*Spiritus fornicationis vocor*'; de ahí que para incitar al gran ermitaño á la voluptuosidad, tomara la forma de una mujer descarada. Satanás, ó el *tentador*, es el primero de

los pornógrafos: y los que han sido por él asaltados, mayormente las esposas de Jesucristo, nos testifican que, sin quererlo presenciaron á veces espectáculos tan repugnantes como lascivos.»[1]

La *Azucena* de Quito, por permisión de la Providencia, cuyos designios son inescrutables, fué sometida á estas crudelísimas pruebas. Refieren los Procesos que muchas veces se le ponían á la vista personas de diferente sexo, ejecutando acciones y ademanes abominables. Otras veces la acometía el diablo de un modo más embozado, pero no menos peligroso.

Habiendo ido cierto día á la iglesia de la Compañía, pasaba por la capilla de San José, cuando se le acercó un joven bien apuesto, y con mil demostraciones de respeto y cortesías le ofreció sus servicios para cuanto le mandase. Mariana, para quien el tan *servicial señorito* no era otro que Satanás en persona, lo apostrofó con estas ó semejantes palabras: «Arrogante, guarda tus reverencias y tus servicios para Dios tu Criador. Si quieres alcanzar misericordia, pídele perdón de tu soberbia. En cuanto á mí, ¿qué soy sino una criatura pobrísima é indigna de la más mínima atención?» Predicar la humildad al príncipe de la soberbia, era, á buen seguro, vencerlo con tiros certeros; y efectivamente, faltóle tiempo á Satanás para desaparecer, y á Mariana para ir á contárselo á su confesor, quien, á su vez, lo refirió en el Proceso.

[1] *La Stigmatisation* etc., par le Dr. A. Imbert-Gourbeyre. Obra aprobada por el obispo de Clermont.

La angelical reclusa salía una vez de la iglesia para su casa; al llegar al atrio se le presentó un joven bien ataviado y de maneras muy elegantes, y con estudiadas palabras empezó á decirle que desde había tiempo le tenía robado el corazón; que no le era posible vivir sin ella, y que por aquella vez le permitiese siquiera acompañarla hasta su morada. Atónita Mariana, le contestó que ella no había menester sus ofertas, y creyendo más seguro huir que resistir, volvió á entrar presto en la iglesia. Habiendo llamado á su confesor, le refirió el suceso, suplicándole al mismo tiempo que saliese con ella hasta la calle. Salió el bondadoso Padre, mas no se vió ni sombra de joven ni de otra persona alguna; de lo cual concluyeron ambos que el pretendido galán era el demonio, quien no excusa bajezas con tal de perder á una esposa de Jesucristo, cual era la *Azucena*.

Por último, Luzbel deputó al serafín de Quito embajadores dignos de él. Parece haberlos retratado el Evangelio cuando dice que había un hombre poseído del espíritu inmundo, el que, rotas las cadenas con que se le tenía preso, y despojado de toda ropa, habitaba en los sepulcros y era una constante amenaza para los transeuntes. Empero esos corrumpidos y corruptores fueron rechazados por la valerosa virgen, lo mismo que el demonio cuyos emisarios eran.

«¿El demonio? ¡delirio! ¡imaginación de mujer!» exclamará quizás más de uno al leer estas líneas. Muy distinto ha sido el juicio segurísimo de la Curia romana, que, después de examinado pieza por pieza

el Proceso, otorgó á Mariana de Jesús los honores de los altares. Á este propósito permítasenos transcribir unas palabras del Ilustrísimo Señor Germain, obispo francés: «Obra maestra de Satanás es el haber hecho negar su existencia en el siglo XIX. ¡Obra maestra! Y ¿por qué? Porque la negación del ser malo trae en pos de sí, por consecuencia lógica, la negación de Jesucristo. Si el diablo no existe, fábula es la caída de los ángeles; fábula el pecado original, y engañosa fábula el mismo Redentor. Negada la existencia de Satanás, Jesucristo ya no es Hombre-Dios; el sacrificio del Calvario no ha sido más que la muerte de un justo cualquiera y es falso que su madre haya quebrantado la cabeza de la serpiente.»[1]

No solamente nuestra Beata *resistía fuerte en la fe á Satanás*[2], cuando se le hacía visible, sino que procuraba también *no darle lugar*, según el consejo del Apóstol[3]. Con este fin huía lo más posible del trato con hombres. En cierta ocasión díjole una criada que un hombre deseaba hablar con ella. Asustóse la virgen con tal anuncio y exclamó: «¡Jesús, María! ¡Un hombre tiene que hablar conmigo! Ruégote que no me traigas hombres que me hablen; échale luego de casa, diciéndole que estoy ocupada, y si volviere otra vez, dile que no tengo licencia de mi confesor para hablar con él, y que si tiene negocio de importancia que comunicar, lo vaya á tratar con los Padres de la Compañía.»

[1] Citado por el Dr. Imbert-Gourbeyre.
[2] I Pedro V, 9. [3] Ef. IV, 27.

Si la prudencia de Mariana tuviese más imitadores é imitadoras, ¿tendría el demonio tanto imperio en el mundo? Bien dice un adagio: «Si el fuego está cerca de la estopa, acércase el diablo y sopla.»

CAPÍTULO XVIII.

MARIANA DE JESÚS TIENE SED DE PADECER.

SUMARIO. Pasión de Mariana por el sufrimiento. — Anhela los dolores de muelas. — Pide cruces á Dios. — «¿Vd. duerme en esa cama?»

LOS martirios de todas clases que padecía nuestra *Azucena*, no serían para creídos á no fundarse en testimonios irrecusables. No obstante tan acerbos dolores, se quejaba de no sufrir bastante. Si Jesucristo le concedía dulzuras y consuelos, si la favorecía con éxtasis y visiones celestiales, le decía: «Apártate de mí, Señor, porque soy una criatura vil y pecadora y reconózcome por indigna de tus regalos. Sólo quiero penas y trabajos que me lleven en tu seguimiento al Calvario; no glorias que me conduzcan al Tabor.» ¿Serán dichas palabras el efecto de un fervor pasajero, que se apaga como una llamarada, en menos de un instante? Fácil es anhelar cruces cuando todo nos sonríe y la gracia de Dios nos lleva en brazos.

Desengañémonos: nuestra santa no es de aquellas almas que hoy arden en deseos de morir por Cristo, y mañana, al primer asomo de una dificultad cualquiera, se acobardan. Antes bien, consecuente